Lección #7

La comunicación y la crianza

The John Knox Institute
of Higher Education

Confiando nuestra herencia reformada a la iglesia en todo el mundo

Instituto de Educación Superior «John Knox»
Confiando nuestra herencia reformada a la iglesia en todo el mundo

© 2024 por John Knox Institute of Higher Education

Todos los derechos reservados. No se reproducirá ninguna parte de esta publicación de ninguna forma ni por ningún medio con ánimo de lucro, a excepción de citaciones breves con el propósito de revisar, comentar o investigar, sin el permiso por escrito del editor, el Instituto John Knox, P.O. Box 19398, Kalamazoo, MI 49019-19398, USA.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas de las Escrituras son de la Versión Reina-Valera de la Biblia.

Visita nuestro sitio web: www.johnknoxinstitute.org

El Rev. Robert McCurley es ministro del evangelio de la Iglesia Presbiteriana de Greenville [*Greenville Presbyterian Church*], en Taylors, Carolina del Sur, una congregación de la Iglesia Libre de Escocia (Continuada) [*Free Church of Scotland (Continuing)]*, del presbiterio de los Estados Unidos de América.

greenvillepresbyterian.com

1. Prioridades en un matrimonio bíblico
2. La unidad en el matrimonio
3. La cabeza de la mujer
4. Siervo y pastor
5. Esposas piadosas I
6. Esposas piadosas II
7. La comunicación y la crianza
8. Las finanzas y las relaciones físicas

Lección #7

La comunicación y la crianza

Transcripción de la Lección #7

Muchos de ustedes utilizan un teléfono móvil. ¿Y, para qué sirve un teléfono? Obviamente, para comunicarse con otras personas. Es posible que lo lleves contigopara que los demás puedan contactarte, o para que tú puedas contactarlos cuando lo necesites. Las personas lo usan para escribir, hablar y escuchar; pero también los usan para acceder a sitios web de Internet, o para ver el mapa cuando se viaja de un lugar a otro. Incluso, es posible que estés escuchando estas lecciones desde un teléfono.

Pero, para que un teléfono móvil funcione, debe haber una conexión en ambos lados. Si estás hablando por teléfono, y no hay nadie al otro lado, no te servirá de mucho; o si visitas un sitio web que no existe, no obtendrás nada. La conexión es esencial. Lo mismo ocurre en general en todas las relaciones humanas, pero especialmente en el matrimonio. Para buscar la unidad con tu cónyuge, debes conectarte con él para compartir los mismos pensamientos e ideas sobre lo que la Biblia enseña. Si esta comunicación se rompe, bueno, todo lo demás en la relación se cae también.

Hay tantas amenazas a la unidad matrimonial como tipos de pecado existen. Tanto en nuestra relación con el Señor como en nuestra relación con los demás, vemos que el pecado repele, mientras que la gracia atrae. El pecado separa, mientras que la gracia del evangelio, en verdad, une. En estas dos últimas lecciones, cubriremos cuatro de las áreas más comunes en las que surge el conflicto matrimonial. Cubriremos dos en esta lección, y luego dos más en la lección final.

Pero el propósito de estas sesiones es ilustrar cómo se aplican los principios que hemos establecido anteriormente a estos desafíos específicos. Cada una de estas áreas necesita ser estudiada más a fondo, y no contamos aquí con el espacio y tiem-

po necesarios, pero estos puntos introductorios te ayudarán en la búsqueda práctica de la unidad en el matrimonio. Y, como he señalado, hemos seleccionado cuatro de las áreas más comunes que presentan mayor dificultad cuando se trata de la unidad en el matrimonio.

Bien, ¿qué importancia tiene la comunicación en un matrimonio piadoso? ¿Qué problemas suelen surgir en estas áreas del matrimonio, y cómo dice Dios que hay que abordarlos? Si Dios le da hijos a una pareja, ¿qué dice Él sobre la crianza de esos hijos? ¿Por qué es esencial que los cónyuges estén unidos en su comprensión de lo que la Biblia enseña sobre estos asuntos? En esta lección, hablaremos de cómo cultivar la unidad matrimonial a través de la comunicación, y de la crianza de los hijos. En la próxima lección, consideraremos dos áreas más que son potencialmente desafiantes, pero que también son excelentes oportunidades para fortalecer tu relación con tu cónyuge.

En primer lugar, cultivar la unidad matrimonial a través de la comunicación piadosa. La comunicación piadosa es esencial para un matrimonio bíblico. De hecho, la ruptura de la comunicación es una de las áreas más comunes de disfunción matrimonial. Muchas otras áreas en el matrimonio sufrirán debido a una falta de comunicación clara, bíblica y fiel. Recordarás, por ejemplo, que en nuestras dos primeras lecciones tratamos la unidad y la resolución de conflictos. Allí vimos cómo la comunicación era indispensable para resolver conflictos bíblicamente.

En Efesios 4:29 leemos: «Ninguna palabra corrompida salga de vuestra boca, sino la que sea buena para la necesaria edificación, a fin de dar gracia a los oyentes». Debes tomar en cuenta el contexto de los versos 25-31, en el que encontramos este pasaje. La Biblia también enseña que la lengua está directamente ligada al corazón. Jesús dijo en Mateo 15:18: «Mas lo que sale de la boca, del corazón procede». En otras palabras, tu boca es como una ventana para tu alma. Podemos ver lo que hay dentro de nuestras almas a partir de lo que sale de nuestras bocas. Por eso, no es de extrañar que Santiago diga en su epístola, en Santiago 1:26,que nuestra forma de hablar es en realidad una prueba de nuestra espiritualidad, de nuestra piedad.

Considera algunos de los prerrequisitos para la comunicación piadosa. ¿Qué cosas son necesarias como base para una comunicación piadosa? Mencionaré solo algunas de ellas. En primer lugar, necesitas un deseo de complacer a Cristo más que a ti mismo, y un deseo de complacer a Cristo más que a tu cónyuge. Necesitas cultivar un sentido de humildad evangélica cada vez mayor. De hecho, el orgullo es una de las principales causas de las rupturas de la comunicación. Puede que te sea

útil leer algunos pasajes del Nuevo Testamento, por ejemplo, Efesios 4:1-3, o Filipenses 2:1-4, o Santiago 4:6-7 o 1 Pedro 5:5-9. Así que, es necesario cultivar una humildad evangélica.

También necesitas tener un sentido de responsabilidad de tus palabras delante del Señor. Recuerda lo que Jesús dijo en Mateo 12:36-37: «Mas yo os digo que toda palabra ociosa que hablen los hombres, de ella darán cuenta en el día del juicio. Porque por tus palabras serás justificado, y por tus palabras serás condenado».

Otro prerrequisito es el compromiso de dedicar tiempo para la comunicación. Así que, obviamente, para mantener una conversación se necesita apartar el tiempo necesario para esta prioridad. Todos estos son prerrequisitos.

Y, mientras centramos nuestra atención en la comunicación, será útil que distingamos, primero, la comunicación verbal y la no verbal. Es decir, entre la comunicación que emplea palabras y otras formas de comunicación que no. En primer lugar, consideraremos la comunicación no verbal.

Seguramente te has dado cuenta de que puedes decir mucho sin pronunciar una sola palabra. Por ejemplo, las personas se comunican habitualmente en las siguientes formas no verbales: comunicarán amor o felicidad, miedo o tristeza, indiferencia, apatía, ira, atracción física, irritación, desánimo, duda, culpa o aburrimiento. Todas estas cosas se pueden comunicar sin el uso de palabras, a través de nuestra disposición, nuestra actitud, con una mirada, poniendo alguna cara, o con el lenguaje corporal. La comunicación no verbal incluye estas cosas; incluye expresiones faciales, gestos en las manos, puede incluir señas, o una mirada de asombro o, tal vez, de disgusto; puedes comunicar con un guiño o una mirada fija, con una sonrisa o frunciendo el ceño, tocando o estrujando; puedes comunicar regalando algo o escuchando atentamente sin decir nada, o enviando una nota; puedes comunicar con una postura corporal o el volumen de tu voz, o el tono de tu voz.

Así que la comunicación no verbal incluye cómo decimos lo que decimos, y nuestra actitud o nuestra disposición. Piensa en las distintas formas en que puedes decir, por ejemplo, «¿Podrías venir, por favor?». Puedes usar las palabras «¿Podrías venir, por favor?» con una actitud que comunique ira o desesperación, o incluso tristeza. También, puedes comunicar amor, comunicar alegría o comunicar apatía. No solo se trata de lo que decimos, sino también de la manera en que comunicamos lo que estamos diciendo.

Desde luego, nuestras acciones también comunican. Si dices que quieres pasar tiempo con tu cónyuge, pero en cambio pierdes mucho tiempo en la computadora, tus acciones dirán más que tus palabras. Tenemos que cumplir nuestras palabras; cumplir nuestras promesas.

Bueno, al pensar en la comunicación verbal, hay que considerar que la primera parte, en realidad, consiste en escuchar. La primera parte de la comunicación verbal es escuchar. Hay que comprometerse a escuchar primero, antes de hablar. Santiago 1:19 dice: «Todo hombre sea pronto para oír, tardo para hablar». Podríamos evitar la mitad de problemas si simplemente nos detuviéramos y nos concentráramos en lo que está diciendo nuestro cónyuge. Considera Proverbios 10:19. Dios dice que adelantarse a pensar lo que creemos que nuestro cónyuge está pensando, antes de escuchar lo que dice realmente, es una completa locura. Dios dice en Proverbios 18:13: «Al que responde palabra antes de oír, le es necedad y vergüenza».

Así pues, permítanme ofrecerles algunos compromisos prácticos y algunas directrices prácticas relacionadas con escuchar. Algunas de ellas son bastante sencillas. En primer lugar, debes concentrarte en lo que dice tu cónyuge. Tienes que enfocar tu mente en lo que está diciendo. No debes interrumpir hasta que haya terminado de decir lo que está diciendo. También debes tener cuidado de no formular en tu mente tu respuesta mientras la otra persona está hablando. Estarás pensando en cualquier cosa, en lugar de atender a lo que te están diciendo.

También hay que dar tiempo al otro para procesar la información y para responder. Es especialmente útil hacer preguntas para aclarar lo que tu cónyuge quiere decir con las palabras que está utilizando.

Quizás lo más importante —y esto es algo que espero que apliques de verdad— es que no des por sentado que has entendido lo que tu cónyuge está diciendo hasta que puedas confirmar con tu cónyuge lo que quiso decir para su satisfacción. Esto es enormemente útil, y resolverá muchos problemas. Tu cónyuge puede terminar de decirte algo que considera muy importante. Lo mejor es empezar diciendo: «Esto es lo que entiendo que intentas decirme»; e incluso repetirlo, y no continuar hasta ver que se siente satisfecho por qué estás lo entendiendo. Esto ayuda mucho.

La segunda parte de la comunicación verbal es hablar. Así que, empezamos por escuchar, y luego pasamos a hablar. Refrenar la lengua conlleva una gran dificultad; seguro conoces el pasaje de Santiago 3:2. Santiago dice que esta es una de las cosas más difíciles, refrenar la lengua. Significa que el creyente debe orar pidiendo ayuda

debido a la dificultad. De hecho, cantamos esto en el Salmo 141:3, donde dice: «Pon, oh Jehová, guarda a mi boca; guarda la puerta de mis labios». El no refrenar la lengua ocasiona grandes daños y estragos. De hecho, ese pasaje en Santiago 3:5 en adelante la describe como un pequeño fuego. Comienza como un pequeño fuego, y termina consumiendo todo a su alrededor; puede ser muy destructivo. Por el contrario, cerrar la boca te libra de muchos de problemas. Proverbios 21:23 dice: «El que guarda su boca y su lengua, su alma guarda de angustias». Esto significa que si puedes disciplinar tu lengua, podrás evitar muchas aflicciones matrimoniales.

Otro punto importante con respecto a la conversación es el compromiso de ser abierto y honesto. No digas una verdad a medias, ni seas evasivo en la conversación con tu esposa. Sé directo en lo que dices. Que tu sí sea sí, y tu no, no. Recordarás, en la primera sesión, la importancia de la franqueza y cómo eso cultiva la confianza.

Ahora bien, esto, por supuesto, tiene que equilibrarse con otro punto, un punto complementario. Proverbios 15:1 nos dice: «La blanda respuesta quita la ira, mas la palabra áspera hace subir el furor». Tenemos que saber cómo responder y cómo asegurarnos de que nuestra palabra sea amable y sazonada con sal, como leemos en Colosenses 4:6. Por lo tanto, hay que cuidar cómo decimos lo que decimos. Considera Proverbios 16:32, Colosenses 4:6 que ya hemos mencionado, y Efesios 4:29-32.

Por ejemplo, esto incluye evitar usar un tono alto o áspero, evitar arrebatos, o gritos, insultos o menosprecios, que son más conocidos en la Biblia como amargura, ira, calumnia, malicia, etc. No debes responder de la misma manera si tu cónyuge está pecando con su lengua, Proverbios 26:4-5.

Otro factor que es fácil pasar por alto es que debes recordar que el momento que escoges para hablar puede tener un impacto tan grande como lo que dices. En otras palabras, hazte la pregunta: «¿Es el mejor momento para decir esto?». Ahora bien, no te demores innecesariamente. Necesitas ser rápido en tratar con estos asuntos, pero siempre hay que pensar en lo que se va a decir antes de decirlo. Proverbios 15:28: «El corazón del justo piensa para responder, mas la boca de los impíos derrama maldades». Hay que reflexionar y considerar: «¿Qué debo decir y cuál es el mejor momento para decirlo?».

Por supuesto, hay áreas de las que será más sencillo hablar que otras, y eso significa que tienes que trabajar en aquellas áreas que son más desafiantes. Permíteme darte algunos ejemplos. Eso podría incluir tu andar espiritual delante del Señor, o tus opiniones sobre ciertas cosas, o preocupaciones, tus intereses, tus emociones,

tus metas y planes, quizás, tus expectativas. A veces, es difícil hablar de las finanzas, O de convicciones bíblicas, o de tu trabajo. A menudo, hablar de la crianza de los hijos puede ser difícil, o de los sueños que tienes para el futuro, o de la intimidad física en el matrimonio, hablar de los amigos o de los problemas, de los fracasos, de las victorias, de los acontecimientos actuales, incluso de lo que lees. Algunos de estos temas son mucho más fáciles de discutir que otros, pero nos da un ejemplo del tipo de cosas que podemos considerar.

Ahora bien, hay dos errores opuestos cuando se trata de la comunicación. Por un lado, puedes tener la tentación de estallar; de enojarte tanto que explotas. Por otro lado, puedes tener la tentación de callar, de retraerte, de dejar de hablar. Pero, no hablar también es un pecado. Si estás tentado a callarte, o a reprimirte, y dejar de hablar, entonces necesitas trabajar en sacar lo que está dentro hacia fuera, con un espíritu piadoso.

También necesitamos ser capaces de comunicar una reprensión con un espíritu afable, cuando sea necesario. Piensa en cómo se describe esto en Gálatas 6:1 o, como vimos en una lección anterior, en Mateo 18:15 en adelante, o en Proverbios 25:12.

Más allá de estos principios prácticos, esto incluye cultivar una conversación espiritual. Así como debemos hablar con nuestros hijos todo el día sobre cosas espirituales, como vemos en Deuteronomio 6:6 en adelante, las parejas casadas deben cultivar una conversación espiritual, también. Hay una hermosa ilustración de esto en el libro de Malaquías 3:16-18. La mentalidad espiritual produce una conversación espiritual. Fíjate en cómo se relacionan en Romanos 8:5-6, así como en los primeros versos de Colosenses 3. Lo que más piensas será de lo que más hablarás. Al igual que un vaso rebosante, si sigues llenando tu mente con cosas buenas, terminará saliendo de tu boca, también.

Debemos estudiarnos los unos a los otros para saber cómo estimularnos mejor al amor y a las buenas obras, como vemos en Hebreos 10:24. Así que, piensa conscientemente lo que vas a decir, y usa tu boca para edificar a tu cónyuge y ministrarle gracia.

Permíteme ofrecerte algunas sugerencias prácticas adicionales. En primer lugar, tienes que estar dispuesto a admitir que eres parte del problema (Proverbios 20:6), y tienes que estar dispuesto a cambiar. También tienes que evitar usar palabras cargadas de emociones. Sé responsable de tus propias emociones, tanto de tus palabras

como de tus acciones; sin echar la culpa de tu pecado a tu cónyuge. Piensa en Santiago 1:13-15, que puede ser de ayuda.

No repitas viejas discusiones. Recuerda que cuando se ha concedido el perdón, esas cosas deben ser olvidadas; deben ser enterradas y alejadas de nuestros pensamientos. En otras palabras, debes ocuparte del presente de las necesidades y circunstancias actuales, y no enfocarte tanto en el pasado.

Como señalamos antes, tienes que aprender a comunicarte de forma no verbal en tu actitud y tus acciones, y tienes que esforzarte por entender por qué tu cónyuge está diciendo lo que está diciendo. Si, por ejemplo, dice: «No me amas», entonces tienes que pensar en lo que hay detrás de eso. ¿Qué quiere decir? ¿Qué lo motiva? ¿Cuál es su verdadera preocupación? Esta es una parte importante de conocer mejor a tu cónyuge. Como dice Jesús en Mateo 7:12, debemos hacer a los demás lo que queremos que hagan con nosotros.

Siempre deberías enojarte más por tu propio pecado que por el pecado de tu cónyuge. Piensa en el lenguaje que se usa en Job 40:3-5, y también en ese mismo libro en Job 42:6, o piensa en la expresión de dolor por el pecado en Esdras 9:6.

Otra sugerencia práctica es que te esfuerces en ser humilde para admitir tu error. Haz de este uno de tus principales objetivos: descubrir y reconocer lo que sea que hayas hecho mal. Como se dijo antes, el orgullo es el principal culpable de los problemas de comunicación. Te animo a que estudies a fondo lo que la Biblia enseña sobre la lengua y el habla. Luego busca la gracia del Señor para aplicar estas verdades a tu relación matrimonial.

En segundo lugar, necesitamos cultivar la unidad matrimonial en la crianza de los hijos. Es posible que una parte importante de tu vida esté dedicada a la crianza de los hijos; y las parejas jóvenes no deben cometer el error de creer que tienen tiempo antes de tener que pensar en este tema. Es mejor hablar de la crianza de lo hijos antes de que lleguen. Deben estar unidos en su perspectiva y planificación.

Considera la visión bíblica de los hijos del pacto. La Biblia nos enseña que nuestros hijos pertenecen al Señor, Génesis 17: «Para serte por Dios, y a tu descendencia». Nuestro objetivo es criar «una simiente santa» para el Señor, como leemos en Malaquías 2:15.

El propósito de los hijos es ser de bendición y herencia del Señor. Cantamos sobre esto en el Salmo 127:3-5. Por otro lado, los hijos necios e impíos son una maldición para sus padres. Proverbios tiene mucho que decir sobre esto, en Proverbios 10:1; 15:20; 17:25; 19:13; 21:20 y otros.

Recuerda que la crianza de los hijos es una mayordomía temporal. La relación esposo-esposa se caracteriza por la unidad, y la relación padres-hijos, por sus frutos. La primera relación, esposo-esposa, es la primera prioridad; y la segunda, padres-hijos, es secundaria.

Necesitas aprender cómo conseguir bíblicamente una formación proactiva. Así que, en primer lugar, la conversación sobre asuntos espirituales en el hogar debe ocurrir todo el día. Debes enseñar a tus hijos en todas partes, todo el tiempo, la Palabra de Dios. Lo vimos en Deuteronomio 6, y también en Deuteronomio 11:19 en adelante. Tu propio bienestar espiritual y el de tus hijos depende de la exhortación diaria. Hebreos 3:13 dice: «Exhortaos los unos a los otros cada día». Así que, la oración del cristiano es ver la fidelidad bíblica transmitida a través de sus hijos, a sus nietos y a sus bisnietos después de ti, si el Señor quiere. Piensa en las palabras del Salmo 78:5-6 o Deuteronomio 4:9.

Como vimos en una lección anterior, la educación cristiana no es opcional para un hogar cristiano, y el culto familiar tampoco es opcional para un hogar cristiano; pero la piedad y la crianza también incluyen la práctica de la disciplina. La disciplina es correctiva; es para formar a los niños, no principalmente para castigarlos. Fíjate en cómo el Señor resalta esto en Hebreos 12:9-11.

Por lo tanto, es para formar y redirigir al niño, en lugar de solo aplicar justicia sobre ellos. Debemos usar el castigo desde la infancia «en tanto que hay esperanza», como dice Proverbios 19:18. La disciplina no es una excusa para satisfacer los deseos injustos de control de los padres («¡Te mostraré quién es más grande y mejor!») ni tampoco es una excusa para expresar venganza (enfadarse por algo y hacer que el niño pague por ello).

No puedes usar la disciplina para desahogar tu respuesta pecaminosa en un hijo que te causó alguna vergüenza, irritación, inconveniencia, o pérdida de tiempo, o que, tal vez, haya dañado, accidentalmente tus posesiones. No, disciplinar a nuestros hijos es una cuestión de servir al Señor y obedecer al Señor.

Por esta razón, el no castigarlos es, en realidad, una rebelión por parte de los padres contra Dios. El Señor dice: «No rehúses corregir al muchacho» (Proverbios 23:13-14). Además, no castigar a los niños es, en realidad, odiarlos. Proverbios 13:24 dice: «El que detiene el castigo, a su hijo aborrece; mas el que lo ama, desde temprano lo corrige». Verás el mismo punto en el capítulo 19, verso 18.

Así que, no castigarlos es algo miserable. Es miserable, por supuesto, para el padre. La Biblia dice: «El muchacho consentido avergonzará a su madre», Proverbios 29:15,17. No castigar o no disciplinar a un hijo es una forma de honrar a nuestros hijos por encima de Dios. Tienes el ejemplo de Elí con sus hijos. Vuelve a leer 1 Samuel 2:29 y 3:13; el Señor castigó a Elí porque se negó a refrenar a sus hijos en su impiedad.

Dios ha ordenado el uso de la vara en la familia. Esto se ve en Proverbios. Lo vemos también en el Nuevo Testamento, como en Hebreos 12. Así que, en la familia Dios ha ordenado la vara; en el Estado o gobierno, Dios ha ordenado la espada, como vemos en Romanos 13:4; y dentro de la iglesia, el Señor ha ordenado el uso de las llaves, las llaves del reino (Mateo 16:19). La vara para la familia, la espada para el Estado, y las llaves para la iglesia. Debemos seguir la sabiduría de Dios al usar o implementar la vara para disciplinar a los niños.

Esto, por supuesto, requiere fe en la Palabra de Dios, porque podemos dudar de hacerlo. Pero Proverbios 22:15 dice: «La necedad está ligada al corazón del muchacho; mas la vara de la corrección la alejará de él». Tenemos que creer en la Palabra de Dios, y hacer lo que dice.

Esta vara debe ir acompañada de corrección, de palabras. Los niños necesitan tanto la instrucción como la reprensión. Proverbios 29:15 dice: «La vara y la corrección dan sabiduría». La vara es necesaria porque los niños son necios y carecen de entendimiento (Proverbios 10:13; 22:15; 26:3).

El uso de la vara debe estar motivado por el amor, de nuevo, Proverbios 13:24 y Proverbios 19:18. Contrario a lo que piensa el niño, e incluso de lo que pueden pensar los padres, el niño no morirá por el uso de la vara cuando se administra con amor, sino que puede ser un medio para salvar su alma de la muerte eterna, como Proverbios 23:13-14 enseña. Ahora bien, no estamos restringidos, por supuesto, al uso de la vara como la única forma de disciplina. Hay otras formas en las que los niños pueden ser corregidos y enseñados pero nuestra disciplina debe servir como un modelo de la disciplina de Dios hacia nosotros. Nuevamente, Hebreos 12:9-11 es

crucial aquí, donde el Señor traza un paralelismo entre un padre y un hijo, y el trato de Dios con Sus hijos por medio de Su castigo.

Esto, por supuesto, nunca es agradable, pero es fructífero como dice ese pasaje en Hebreos. Puede producir un «fruto apacible de justicia a los que en ella han sido ejercitados». La disciplina debe dirigirse tanto al corazón como a las acciones. Por lo tanto, los padres deben aprender a disciplinar por la actitud, y no sólo por las acciones del niño. Por supuesto, también es importante disciplinar con prontitud (Proverbios 13:24). De lo contrario, habrá una desconexión entre lo que el niño ha hecho y la disciplina, si hay un lapso de tiempo en el medio.

Sin embargo, ser consistente es el elemento fundamental y número uno de la disciplina. Sin consistencia, todo fracasará. Con ella, la disciplina será más efectiva, y, de hecho, menos frecuente. Así que, si hay una consistencia en la disciplina, lo cual es difícil, será mucho más efectiva. De hecho, reducirá la cantidad de disciplina, a diferencia de aquellos que, por pereza o ignorancia, o egocentrismo o incluso ira pecaminosa, terminan disciplinando a veces sí y luego otras muchas veces no. Esto confunde a los niños.

La disciplina, por supuesto, no debe ser con ira. Disciplinar de manera consistente e inmediata, en realidad, previene la frustración acumulada. La Biblia nos dice que no debemos «provocar» a nuestros hijos (Efesios 6:4, Colosenses 3:21).

Hay algunas formas, por ejemplo, de provocarles al desánimo. Eso incluiría, como acabamos de ver, un uso inconsistente de la disciplina para el mismo tipo de ofensas. El niño será provocado, desanimado, si a veces es disciplinado y a veces no, por la misma cosa. Pueden ser provocados al ser disciplinados por una frustración egoísta por parte de los padres, o al juzgar mal los motivos del niño, o al acusarlos falsamente, o al no admitir nuestros propios errores ni pedirles perdón. Estos son ejemplos de las maneras en las que podemos exasperar a nuestros hijos.

Bien, en esta lección hemos considerado dos amenazas potenciales para la unidad en el matrimonio: la comunicación y la crianza de los hijos. En la próxima lección, trataremos otras dos áreas que requieren una comprensión precisa de la enseñanza bíblica.